

Distancia social

POR PRIYA VASWANI B.



RODRIGO VALDÉS

Traductora de literatura al inglés.

MEGAN MCDOWELL:

“Me sorprende lo habituados que están los chilenos a hacer filas”

—¿El primer libro que leyó en español?

Fantomas contra los vampiros multinacionales, de Julio Cortázar. Yo era muy fan de Cortázar, y me alucinó poder leer algo suyo que no había sido traducido al inglés. Lo sentí como un privilegio total, aunque me imagino que entendí solo la mitad. Soñaba con traducirlo algún día, pero se me adelantó David Kurnick (que ahora es amigo mío, aunque en ese momento me dio bastante rabia).

—Ha traducido el trabajo de distintos autores latinoamericanos, ¿cómo se conserva la voz particular de cada uno?

Creo que es, ante todo, un ejercicio de empatía: ponerme en el lugar del otro y preguntarme constantemente “¿qué diría esta autora o este personaje, y cómo lo diría?”. Es un intento de entender el pensamiento o la subjetividad de otro. También es muy importante

para mí leer en voz alta. Si tengo tiempo, trabajo párrafo por párrafo, leyendo primero en español y luego en inglés, y ajustando el registro hasta encontrar una voz que me resulte convincente.

—Nació en Estados Unidos, ¿qué le sorprendió más de los chilenos?

Me sorprende lo habituados que están los chilenos a hacer filas. No parece incomodarles pasar media hora o más esperando para cualquier cosa. Supongo que eso habla de una paciencia admirable.

—¿Su expresión chilena favorita?

Me fascinan las comparaciones chilenas: nada es simplemente complejo, sino más enredado que abrazo de pulpo; nada es solo falso, sino más falso que billete de tres lucas; una no está curada, sino más doblada que conejo de mago; y nadie es tacaño, sino más apretado que manito de guagua. Podría seguir eternamente —las colecciono—, así que acepto aportes. En la vida diaria repito hartito eso de “se me echó la yegua” y “hay que chicotear los caracoles”, que describen bastante bien mi estado habitual. Y también tengo debilidad por ciertas palabras chilenas —muchas de raíz mapuche— como tincar, nanai, guagua, pichintún y quiltro, que encuentro simplemente irresistibles.

—Se integró como docente al Diplomado de Traducción Literaria de la Universidad Católica, ¿qué espera que sus alumnos entiendan de la traducción como disciplina?

—Que la traducción es un arte: un trabajo creativo y, en el fondo, una forma de lectura profundamente atenta. Pero también que implica tomar decisiones constantemente—no hay una única solución correcta, sino múltiples posibilidades, y lo importante es poder sostener esas decisiones con criterio.

—¿Un libro que la acompañe hoy?

Mi traducción de “Ceniza en la boca” de Brenda Navarro, una maravillosa escritora mexicana. Participaré en un evento para promover el libro, así que lo tengo muy presente mientras preparo la charla: pienso en las preguntas que quiero hacerle a ella, y vuelvo mentalmente al proceso de traducción, a los desafíos de capturar la voz íntima, rabiosa, irónica y triste de la novela.

—¿Cuántas veces lee un texto antes de la traducción?

Una vez. Después empiezo a traducir, intentando siempre recrear esa primera experiencia de lectura. A lo largo del proceso vuelvo al texto muchas veces, tanto en inglés como en español. Casi nunca tengo tiempo para leerlo más de una vez antes de empezar, y no leerlo me daría ansiedad: necesito saber, al menos en términos generales, qué me espera. Hay quienes prefieren entrar “a ciegas” en la traducción, con la idea de reproducir la experiencia del autor o autora (supone que quien escribe tampoco sabe del todo hacia dónde va), pero yo prefiero priorizar la experiencia del lector o la lectora.

—¿Libro subrayado o en perfecto estado?

Subrayado, así puedo ver qué cosas le gustaban a la Megan del pasado, que es alguien medio misteriosa para mí.

—¿Un clásico de la literatura latinoamericana que le gustaría traducir?, ¿por qué?

Creo que me interesaría seguir trabajando con un autor que ya he traducido: Juan Emar (no sé si es un clásico en sentido estricto, pero para mí lo es). Publiqué traducciones de “Ayer y Diez” con New Directions (una editorial maravillosa que asume riesgos con sus libros), y me gustaría continuar con “Miltín 1934” y “Un año”. Con “Umbral” no me atrevo, no estoy loca. Hay una satisfacción muy particular en encontrarme con lectores de mis traducciones de Emar. ■